


REVISTA DE LIBROS

Dossier: Historia de las Juventudes en América Latina

Juventud y dictadura en Argentina

Laura L. Luciani, *Juventud en dictadura. Representaciones, políticas y experiencias juveniles en Rosario (1976-1983)* (La Plata: Universidad Nacional de La Plata-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación/Posadas: Universidad Nacional de Misiones/Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, Entre los libros de la buena memoria 7, 2017).

Sandra Raggio, *Memorias de la Noche de los Lápices. Tensiones, variaciones y conflictos en los modos de narrar el pasado reciente* (La Plata: Universidad Nacional de La Plata-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación/Posadas: Universidad Nacional de Misiones/Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, Entre los libros de la buena memoria 10, 2017).

Sergio Moreno Juárez

Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco

smoj82@gmail.com

Fecha de recepción: 23/10/2019

Fecha de aprobación: 19/11/2019

En el último tercio del siglo XX las democracias occidentales apoyaron la instauración de regímenes militares en el cono sur para frenar el avance del comunismo y beneficiarse con el control de sus mercados y recursos naturales. El apoyo económico y militar de los Estados Unidos incentivó a las Fuerzas Armadas a irrumpir en la escena pública argentina el 24 de marzo de 1976, quebrantando el orden constitucional para implementar un Proceso de Reorganización Nacional (PRN) cimentado en la militarización y la apertura comercial del país. El control político fue asumido por la Junta Militar, máximo órgano

supremo que designó como presidente de facto al jefe del ejército, el teniente general Jorge Rafael Videla (1925-2013) para el quinquenio 1976-1981, la etapa más cruenta de la historia argentina reciente.

El régimen militar signó como principios fundacionales de la reorganización nacional el autoritarismo patriarcal, la unidad familiar y el catolicismo con el fin de desterrar cualquier “amenaza extranjerizante” contraria a los intereses comunes del orden social instituido. Esta nueva retórica declaró antipatriótico o “subversivo” a todo aquel que abrazara ideales de transformación social o disintiera del credo religioso y la norma heterosexual. Algunos jóvenes —al igual que los obreros o los homosexuales y travestis— devinieron actores sociales peligrosos y por tal motivo víctimas del terrorismo de Estado, es decir, objeto de secuestro, tortura y desaparición forzada perpetrada por agentes estatales.

En las siguientes líneas se ofrece una revisión sucinta del contenido de *Memorias de la Noche de los Lápices* (2017) y *Juventud en dictadura* (2017), obras que rescatan la participación juvenil durante la última dictadura cívico-militar. Editados por la colección “Entre los libros de la buena memoria”, los textos de Raggio y Luciani —respectivamente— introducen al lector en el contexto específico de participación política de las y los jóvenes platenses y rosarinos, evidenciando la multiplicidad de reacciones que suscitó al interior de la sociedad argentina el orden sistémico y de reorganización nacional implementado por el régimen militar: desde la asimilación hasta la oposición y la confrontación directa, situación que supuso la represión estatal.

Uno de los casos más emblemáticos de represión juvenil fue el secuestro, tortura y desaparición forzada de María Clara Ciochini, Claudio de Acha, María Claudia Falcone, Francisco López Muntaner, Daniel Racero y Horacio Ungaro —todos ellos de entre 16 y 18 años de edad— la madrugada del 16 de septiembre de 1976 en la ciudad de La Plata. Estos jóvenes estaban vinculados con la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) y militaban en las juventudes peronistas y guevaristas, aspectos que contravenían el ideal de juventud patriótica del nuevo gobierno y, desde la perspectiva de los represores, justificaron su desaparición. Con el paso de los años, la llamada “Noche de los Lápices” adquirió centralidad y simbolismo en la lucha por los derechos humanos, la verdad y la justicia, así como en el rescate de la memoria y la historia argentina reciente, propiciando la ge-

neración de múltiples interpretaciones. Esta multiplicidad de discursos y representaciones fue el objeto de estudio de la historiadora Sandra Raggio en su tesis de maestría (2010), editada en 2017 bajo el título *Memorias de la Noche de los Lápices. Tensiones, variaciones y conflictos en los modos de narrar el pasado reciente*.

Cabe señalar que la obra, al ser un ejercicio de rescate de la memoria y el pasado reciente, busca incentivar en el lector —especialista o no— un interés histórico y crítico por el estudio del terrorismo de Estado y los discursos y representaciones de sus víctimas. Como advierte desde el prólogo la antropóloga Ludmila da Silva Catela, *Memorias de la Noche de los Lápices* condensa una serie de sucesos y relatos —narrativas, imágenes, testimonios, representaciones, interpretaciones— que evocan la verdad histórica y la verdad construida desde la memoria. Raggio cuestiona la conformación del relato histórico —cíclicamente rememorado para incentivar el recuerdo colectivo— y la adjetivación de la víctima —culpable o inocente— por considerar que anula su condición humana o la hiper victimiza, restándole responsabilidad al victimario. Además, evidencia la insostenibilidad de la teoría de los dos demonios o la idea del combate frontal contra la guerrilla como argumento esgrimido desde el poder para justificar las atrocidades del régimen.

El análisis comienza con el periodo de la *reinformación*, es decir, la circulación masiva de información tras el debilitamiento de los mecanismos de censura y control militar al concluir el conflicto bélico por las Islas Malvinas en junio de 1982. Esa abundante disponibilidad de información incentivó la aparición de relatos que dieron cuenta de los crímenes de Estado. El denominado “show del horror” entronizó reportajes amarillistas sobre desaparecidos y cuerpos hallados, pero también testimonios de sobrevivientes y represores confesos. Las organizaciones civiles también comenzaron a generar información sobre los desaparecidos, dando cuenta de la atrocidad a través de informes, testimonios, conferencias, actos públicos y movilizaciones masivas.

En ese contexto de hartazgo y denuncia social, la “Noche de los Lápices” emergió, según Raggio, como acontecimiento trágico que adquirió relevancia pública a partir del enjuiciamiento de los ex comandantes, gracias a la testificación de uno de los sobrevivientes: Pablo Díaz. El acontecimiento se transformó rápidamente en un relato colectivo que dio cuenta del terror asociado a la

sistematización represiva de la dictadura militar, es decir, una “trama narrativa conformada por una serie de episodios seleccionados y enlazados entre sí para construir una interpretación sobre el pasado” (p. 22). Raggio revisa esta urdimbre con la intención de analizar las diversas configuraciones narrativas del relato histórico, destacando sus silencios y olvidos.

La denuncia del terrorismo de Estado es el tema central del primer capítulo, donde Raggio advierte que, ante la inexistencia de registros oficiales, adquirieron centralidad los informes elaborados por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) y la Agrupación Familiares de Menores Desaparecidos. Asimismo, refiere que la CONADEP fue la primera en reconstruir el relato hacia 1984, denominándolo la “Noche de los Lápices”. En el informe *Nunca más* se resaltaba que los seis desaparecidos formaban parte de un grupo de dieciséis jóvenes secuestrados por participar en la campaña a favor del Boleto Escolar Secundario (BES).

En el segundo capítulo, “El relato en la justicia”, Raggio analiza los testimonios de Pablo Díaz y las madres de Claudia Falcone (Nelva Méndez) y Claudio de Acha durante el juicio a las Juntas Militares en 1985. A pesar de que Díaz fue secuestrado días después, el 21 de septiembre de 1976, la autora demuestra cómo su testimonio adquirió centralidad en el juicio y el relato histórico por ser el único sobreviviente del grupo recluido en el centro clandestino de detención conocido como “El Pozo de Banfield”.

El testimonio de Díaz fue recuperado por los periodistas María Seoane y Héctor Ruiz Núñez para elaborar un libro sobre los jóvenes desaparecidos en 1976: *La Noche de los Lápices* (1986). Raggio analiza este libro en el tercer capítulo de su obra, “Explicar los hechos: del estrado judicial al libro”, destacando que se trata de un relato simple, secuencial y ordenado, perteneciente al género del “nuevo periodismo” —investigación periodística rigurosa y uso de recursos narrativos, como la creación de diálogos o la descripción de escenas imaginarias—, cuya tesis central sostiene que “la inocencia de las víctimas probaba la naturaleza criminal de la represión y, por tanto, la falsedad del discurso dictatorial” (p. 113). Esta idea de inocencia, comúnmente asociada a la adolescencia por su proximidad con la infancia, intensificó el dramatismo de *La Noche de los Lápices*, tanto en su versión impresa como en su versión cinematográfica, una adaptación de Héctor

Olivera y Daniel Kon que la autora analiza en el cuarto capítulo, titulado “Del testimonio judicial al relato cinematográfico”. Para Raggio la película, en línea con el libro, dotó de protagonismo al testimonio de Díaz y enunció como detonante de la represión la movilización pro BES.

Este relato “oficial” se cuestiona en el quinto y último capítulo, “Los ‘otros’ testigos de la historia”, a través de la presentación de los testimonios de otros sobrevivientes que atribuyeron la causa de la represión a su militancia política. En ese sentido, la autora advierte que la preservación del relato está garantizada por la existencia de tres vehículos de transmisión: el testimonio de Díaz, el libro y la película, así como por su conmemoración escolar anual y por la empatía que generan los adolescentes en su calidad de víctimas inocentes, ya que nada puede justificar el terror de Estado.

En síntesis, la obra de Raggio constituye una obra fundamental para el estudio de la historia reciente y las juventudes argentinas al plantear, a partir del estudio de las memorias y los usos políticos del pasado inmediato, sugerentes ideas sobre los silencios y los olvidos del relato histórico, la conformación de una cultura juvenil platense y su representación —ideal o estigmatizada— en el contexto del Proceso de Reorganización Nacional. En ese mismo sentido, Laura L. Luciani dimensiona en *Juventud en dictadura. Representaciones, políticas y experiencias juveniles en Rosario (1976-1983)* la conformación de múltiples culturas juveniles a partir de la imbricación de diversos actores, discursos y representaciones sociales.

Juventud en dictadura, basado en la tesis doctoral de la autora, sostiene que la dictadura produjo discursivamente y desde las políticas de Estado una forma específica de concebir a los jóvenes. Es decir, la juventud argentina fungió como depositaria de los ideales del PRN, motivo por el cual resultó necesario “desactivar” su politicidad para configurar un nuevo sujeto social “disciplinado y controlado” (p. 15). Luciani analiza el caso rosarino, pero el alcance de los discursos emitidos por la cúpula de poder fue evidentemente nacional debido a su cariz patriótico y regenerador. Incluso, atisba el surgimiento de otras experiencias juveniles ajenas al deber ser enunciado por las elites.

Uno de los principales aportes de *Juventud en dictadura* es la concepción de la juventud como un constructo histórico-social, es decir, como el “modo en que una sociedad —generalmente

adultocéntrica— percibe a los jóvenes, impone un rol específico, otorga valores, costumbres que condensan la supuesta esencia de ‘ser joven’, y cómo esto se traduce en las relaciones intergeneracionales” (p. 13). En ese sentido, Luciani propone analizar las múltiples representaciones de lo juvenil en un contexto específico, pero no con la intención de ofrecer una definición unívoca de juventud sino de visibilizar las relaciones asimétricas de poder imbricadas en la diferenciación social y conductual.

La autora refiere que el ascenso de las Juntas Militares al poder conllevó un proceso de reorganización social que delimitó los ámbitos de acción de los diversos actores, siendo los jóvenes uno de los grupos de mayor complejidad social y política. De acuerdo con esto, al comenzar la dictadura se gestó una política represiva y persecutoria —con miras a la depuración de los elementos subversivos—, mientras que entre 1978 y 1980 se perfilaron diversos proyectos encaminados a reorientar la relación entre el régimen y la juventud. El Mundial de Fútbol de 1978 y el conflicto fronterizo y jurisdiccional con Chile respecto al canal de Beagle en 1980 permitieron a la dictadura generar consenso en torno a su proyecto.

No obstante, sostiene Luciani, la escuela y la universidad fungieron —e incluso siguen funcionando— como las principales instituciones productoras de juventud al posibilitar y encauzar determinadas prácticas y sociabilidades juveniles. En ese sentido, la autora advierte que *Juventud en dictadura* explora “tres núcleos de sentido”: las representaciones de la juventud creadas desde el régimen, las políticas encaminadas a ese sector etario específico y la forma en la que incidieron las múltiples representaciones y políticas públicas en las vivencias juveniles, recurriendo para ello al uso de la historia oral y las experiencias de vida.

En el primer capítulo, “Juventud y jóvenes en el discurso militar”, Luciani refiere que la juventud argentina fue dotada por el nuevo gobierno de una especie de “fuerza creadora” cuyo deber consistía en apoyar al Estado en el Proceso de Reorganización Nacional. Es decir, la dictadura atribuyó a las nuevas generaciones un rol esencialmente reaccionario y regenerador de la vida nacional frente a las propuestas contraculturales —y “extranjerezantes”— de los años sesenta y setenta. Probablemente, el Mundial de Fútbol de 1978 constituye el ejemplo mejor acabado de esto, pues a través de la organización y movilización de los jóvenes el régimen adquirió legitimidad al

simular cierto consenso en torno al ideal de juventud argentina: blanca, andrógina, heterosexual, clasemediera y estudiantil.

Cabe señalar que la familia adquirió un papel central en el proyecto de reorganización de la vida nacional, en tanto debía proteger, resguardar y contener a los jóvenes de los peligros cotidianos —consumo de drogas, moda y música extranjera— comúnmente asociados con la subversión. Sin embargo, la atención se centró en las escuelas medias y las universidades por ser los “espacios articuladores de la sociabilidad joven” (p. 59), aspectos referidos en el segundo capítulo, “Control, disciplinamiento y represión en ámbitos juveniles: las escuelas medias y la Universidad de Rosario en dictadura”. La autora analiza diversas medidas de control y disciplinamiento corporal e ideologización a través de la censura de libros y cátedras, la modificación de los currículos escolares, la implementación de uniformes escolares y la modificación de los hábitos de limpieza personal, asociando la pulcritud del aseo corporal con los principios de orden e higiene social.

Las Fuerzas Armadas implementaron diversas políticas de acercamiento con los jóvenes debido a la relación —aparentemente indisociable— de los discursos de civilidad, juventud y virilidad. En el tercer capítulo, “Las políticas hacia los jóvenes en las Fuerzas Armadas”, Luciani refiere la militarización de la vida juvenil a través de la implementación de acciones oficiales encaminadas a la defensa del orden social y la nación. Desde la lógica cívico-militar y patriótica, los jóvenes devinieron actores fundamentales en la lucha contra las amenazas nacionales al participar como voluntarios en campañas de concientización cívica para reafirmar la identidad nacional en las regiones fronterizas o adquiriendo formación profesional en los liceos militares, como el aeronáutico de Funes.

En el cuarto capítulo, “Como si vivir fuese algo inconcebible: culturas juveniles durante la dictadura”, la autora ofrece un acercamiento a las culturas juveniles que emergieron y sobrevivieron al régimen militar, partiendo de su concepción como una “construcción social de diferenciaciones respecto de otro adulto, y que, en el mismo proceso de gestación, lejos de homogeneizar a una masa juvenil, señala la heterogeneidad que la compone” (pp. 169-170). De este modo, Luciani destaca tres formas de sociabilidad y diferenciación juvenil —con un sesgo clasista— a partir de sus prácticas de consumo y apropiación de los espacios públicos: *chetos*, *rockeros* y *pardos*

—*mersas* o *menchos*—. Los *chetos*, apegados al ideal de juventud clasemediera, representaban un modelo aspiracional en contraposición a los *pardos*, tipificados como “vulgares” o de “mal gusto”. Los *rockeros*, por su parte, constituyeron una cultura emergente que aglutinó a diversos sectores juveniles en torno a “nuevas prácticas de sociabilidad construidas desde canales alternativos” (p. 176), como los recitales. El uso de espacios públicos y canales alternativos alertó sobre la posibilidad de que los jóvenes —conformes o inconformes con el régimen— subvirtieran el control y la censura, razón por la cual fueron implementados diversos controles burocráticos, a través de las razias y la infiltración de agentes del Estado para garantizar el disciplinamiento y la reorganización de los jóvenes en torno a los ideales de juventud cívico-militar.

En el quinto capítulo, “Militancia y participación: de la ‘apoliticidad’ inicial a la movilización pos Malvinas”, la autora evidencia que la militancia política de las juventudes de izquierda sorteó los mecanismos de control y censura para establecer vínculos con los sectores más politizados de la sociedad argentina. Asimismo, en el sexto capítulo, “‘Nuevos’ y ‘viejos’ jóvenes. La coyuntura pos 81 y el final de la dictadura”, refiere que el régimen fue relegando a la juventud a un segundo plano ante la crisis y la desestabilización política, situación que aprovecharon diversos jóvenes para retomar el activismo político y criticar el autoritarismo de Estado. En tal sentido, Luciani concluye advirtiendo que la reactivación del “fervor juvenil” durante la democracia, así como la “emergencia de nuevas prácticas políticas, culturales, de sociabilidad” asociadas a un pensamiento redentor (p. 267), pusieron en evidencia la necesidad de los jóvenes de transgredir el orden social para garantizar y preservar las libertades políticas y socioculturales. La autora refiere, sin embargo, que el régimen instituyó diversas prácticas y normativas cotidianas —policía de menores santafesina, la reglamentación de las mesas de exámenes, razias— que continuaron normando las prácticas de sociabilidad juvenil en los años ochenta y noventa del siglo XX.

Como se puede apreciar, ambas obras —*Memorias de la Noche de los Lápices* y *Juventud en dictadura*— constituyen referentes privilegiados y sustanciosos para el estudio de las juventudes argentinas durante el periodo de la última dictadura cívico-militar. A partir del estudio de la politización juvenil platense y rosarina, así como de las representaciones socioculturales de la juventud, Raggio y Luciani ofrecen una visión general de los encuentros y desencuentros entre el régi-

men cívico-militar y los jóvenes argentinos. Ambos estudios evidencian que en ese contexto los jóvenes devinieron actores fundamentales, ya sea como depositarios del ansiado ideal de reorganización nacional o como enemigos del nuevo proyecto de Estado.

Cabe mencionar que las experiencias juveniles referidas por ambas autoras son completamente distintas, pues mientras Raggio reconstruye la conformación histórica de una efeméride que simboliza la represión y el terror de Estado, Luciani accede a otro tipo de registros que le permiten reconstruir otras formas de ser joven, incluso bajo el amparo de los discursos elitistas del régimen. Pese a ello, ambos estudios atisban en el rescate de una multiplicidad de experiencias juveniles, visibilizando a la historia de las juventudes como un campo de estudio novedoso y fértil, relativamente joven, que puede enriquecerse a partir de la valoración de los aportes teórico-metodológicos (inter)disciplinarios y regionales.